

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, SETIEMBRE 15 DE 1873.

{ NUM. 44.

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

EL MAESTRO DE ESCUELA.

(Concluye.)

Pasaron algunos dias, y este desprecio vergonzoso y esta misma libertad llegaron á mortificarme y me hicieron conocer mis faltas. Entonces se apoderó de mi tierno corazon un sentimiento profundo, un arrepentimiento sincero.

Veía que los que sabian mucho menos que yo pocos dias antes, me habian aventajado, y se podian echar á todo conmigo.

No puedo explicar, hijos míos, lo que padecí al convencerme de lo mal que habia hecho, de lo que habia perdido.

Cuando salia de la escuela me avergonzaba al pasar por entre mis compañeros. Se me figuraba que hasta los criados y las abuelitas que iban por los otros niños se burlaban de mí, se reian y me despreciaban.

La idea de que mi padre supiese mi castigo me hacia temblar; y este temor, este estado violento, y mas que todo, mi conviccion, crearon un verdadero pesar en lo mas hondo de mi alma.

Llegó el sábado, y era costumbre en mi escuela emplear la tarde de este dia en dar la leccion y explicar la doctrina cristiana. El párroco de San Justo se habia encargado de este repaso general, y vino como siempre á examinarnos. Era este respetable sacerdote un modelo de bondad, cariñoso, afable y muy amigo de los niños.

Nosotros le queriamos mucho, porque ademas de explicarnos los misterios de nuestra religion con una claridad y paciencia admirables, nos hablaba con un tono tan dulce y afectuoso que parecia otro niño como nosotros. Ademas, nos acariciaba y regalaba muchas estampitas de santos, rosarios de plata y virgencitas de madera.

Al entrar en la escuela fué saludado con entusiasmo y respeto como siempre, y el señor cura (así le llamábamos) correspondió afectuosamente á todos, excepto á mí, y principió su leccion. Explicaba á uno, acariciaba á otro, y á todos preguntaba. Yo esperé mi turno para contestar, seguro de hacerlo bien, porque ya aquella mañana la habia pasado estudiando sin que me dijera nadie nada. Mi deseo fué en vano. El señor cura no hizo caso de mí; entonces comprendí esta terrible verdad: «*El malo es despreciado de todos.*»

¡Oh, hijos míos! ¡Con qué dolor y sentimiento me

convencí de que me consideraban como cosa perdida!

Cuando ví que el señor cura se disponia á marchar, mi pequeño corazon se angustió, mi cabeza se ardía, mis ojos se llenaron de lágrimas, y no pudiendo resistir mas, salté de mi banquillo, corrí á abrazar las rodillas de mi maestro, á besar las manos del señor cura, y á pedir perdon de mis faltas, haciendo mil protestas de enmienda que se confundian con mis gemidos.

Mi pobrecito maestro casi lloraba como yo.

—Sí, hijos míos, lloraba de alegría, al ver mi verdadero arrepentimiento. La acertada eleccion de mi castigo volvia al camino de la virtud á un niño entonces, á un hombre despues.

Me abrazó cariñosamente, enjugó mis lágrimas con su propio pañuelo, me puso sobre sus rodillas, y me dió un beso, que selló para siempre nuestro mútuo amor.

El señor cura me hizo poner de rodillas con las manos juntas para pedir perdon de mis pasadas faltas, no á él, sí á la Virgen de la Concepcion, cuya imagen estaba colgada en la pared debajo de un dosel.

Recé una oracion á tan divina Señora, que es la madre de todos en general, y de los niños particularmente.

Después de besar la mano al señor cura, y dar gracias á mi maestro, volví á sentarme entre mis discípulos, dando á todos mi palabra de ser en adelante quieto y aplicado.

Desde entonces me dediqué asiduamente al estudio. Procuré hacer olvidar mi pasada conducta con mis adelantos posteriores, y ya no temo faltar á mi palabra, porque tengo muy presentes las máximas de mi maestro.

En todo el tiempo que estuve en la escuela, el señor maestro no maltrató nunca á ninguno de nosotros, porque decía que es una barbaridad hija de la ignorancia la frase vulgar:

«La letra con sangre entra.»

Y ¿cómo había de maltratarnos hasta el punto de ver correr nuestra sangre, quien no podía tolerar que se hiciese daño al mas insignificante animal; quien nos reprendía severamente por dar un puntapié á un gato?

¡Si le hubiérais oído regañar un día á un niño de la escuela que acababa de coger un nido de golondrinas!—De tal manera nos pintó el dolor que tendría la madre, que nuestros ojos se llenaron de lágrimas y nuestro corazón de sentimiento.

—Vosotros, nos dijo, que aun no podeis ser útiles á vuestros semejantes, no debeis al menos serles perjudiciales. No hagais nunca mal á los pobres animalillos, que, al fin, son criados por Dios; y, si no tienen alma como vosotros, es indisputable que son capaces de sentir el mal. Aquel que se acostumbra á ser cruel con ellos, endurece su corazón y le dispone á hacer daño á su prójimo sin temor ni escrúpulo.

Recuerdo un día que al salir de la escuela encontramos un pacífico burro de un yesero, que lento y cabizbajo iba á beber á una fuente inmediata. Nosotros, chiquillos juguetones, sin saber lo que hacíamos, empezamos á arrearle con los cartapacios, á martirizarle cruelmente. Uno se subió encima, otro le ató el hocico con la correa de los libros, y yo le pinté el rabo con tinta, y le pinché con un alfiler en las ancas. Cuando estábamos tan contentos en esta algazara, se apareció el señor maestro. Nos saludó gravemente y nada nos dijo. Estábamos en la calle.

Ya podeis figuraros el sermón que nos echó al siguiente día. Estuvo serio, disgustado y silencioso.

Como justo castigo de nuestra falta suspendió la narración de sus historietas, porque habeis de saber que nos contaba muchas muy bonitas adecuadas á nuestra edad. Y no vayais á creer que eran cuentos de brujas, fantasmas ó ladrones, no. Eran sucesos verdaderos que él mismo había presenciado ó que había leído en muy buenos libros, y conducentes siempre al fin que se proponía: es decir, instruirnos deleitándonos.

Nosotros le escuchábamos con la boca abierta, y siempre concluía de una de estas dos maneras: «Aquí teneis un ejemplo que imitar» ó «Aquí teneis el resultado de un vicio que debeis huir.»

Otras veces, en medio de su narración, nos preguntaba: ¿Qué pensais de esto? ¿Está bien ó mal hecho? ¿Qué hubiérais hecho vosotros en un caso igual?

Nosotros reflexionábamos antes de contestar; y después decíamos *sí* ó *no*. El nos advertía si teníamos razón ó nos equivocábamos. Estas escenas eran para él un estudio de nuestros corazones.

Hoy mismo siento aún gran placer al recordar los felices tiempos de mi infancia. Aun conservo en la memoria todas las historietas que mi buen maestro (ya difunto) nos contaba, lleno de vida y de amor hacia nosotros; y si alguna vez, revolviendo mis papeles, encuentro algunas historietas que yo copiaba con tanto esmero, se me llenan los ojos de lágrimas porque recuerdo las excelentes cualidades de aquel hombre respetable y virtuoso.

He llegado á los 33 años, y gracias á Dios, me tengo por hourado, soy dichoso sin ser rico, respetado sin ser temido, y feliz en medio de las penalidades de la vida. Esta felicidad se la debo á mi señor maestro, que desde mis tiernos años me enseñó á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á mí mismo.

—Los niños, decía mi maestro, son como una tela blanca que recibe fácilmente cualquier color que se le quiere dar; pero que una vez teñida, cambia muy difícilmente este primer color para recibir otro. Importa mucho, pues, que el primer tinte sea bueno.

Sus cuentos ó historietas se han grabado de tal modo en mi memoria, que siempre las tengo presentes. He hecho una pequeña colección de estas historietas ó lecciones de sana y recta moral, y os las quiero referir, mis amados hijos, porque ellas iluminarán vuestro entendimiento, y contribuirán á que seais hombres de bien, instruidos y laboriosos.

Si al leer las páginas de este libro lleno de máximas morales, de consejos provechosos y de amena instrucción, sentís algun placer, queridos niños; si os entretienen y deleitan, al mismo tiempo que os enseñan y os conducen insensiblemente por el camino de la religión y de la sabiduría; si contribuyen á hacer de vosotros hombres amantes del verdadero Dios, útiles á vosotros y á vuestros semejantes, y provechosos á la nación á que perteneceis, bendecid á mi maestro de escuela, rogad á Dios por su alma, y acordáos un poco de mí, que he recogido y publicado sus historietas, para que ellas sean la guía de vuestras acciones en esta vida pasajera.

Dios quiera concederos en la otra la bienaventuranza.

LOS OJOS Y LA NARIZ.

(FABULA.)

Cansada un día de llevar anteojos,
Dicen que dijo un día
La nariz á los ojos:

«Carga es aquesta que me causa enojos
Y no la llevo mas por vida mia.
¿Qué fruto saco yo de ser paciente?
Hacer á ustedes ver la luz del cielo
Por uno y otro lente,
Sin que nunca premiar vea mi celo,
Ni agradecer siquiera afan tan rudo.»

Dice; da un estornudo,
Y héte en su pos las gafas en el suelo.

De su auxilio privadas,
No ven los ojos aunque dan miradas;
Ni el pobre pié, que donde quier tropieza,
Sabe á dónde sus pasos endereza:
Por fin, el cuerpo todo,
Andando aquí y allá como un beodo,
Contra una esquina da descomulgada,
Y en ella la nariz queda aplastada.—

*Ahora bien, buen lector, ¿qué es lo que dices?
¿No es verdad que este cuento,
Si lo rumias atento,
Ademas de moral, tiene narices?*

MELITO Y EL GÜERO.



XIII

¿Se figuran ustedes que Melito, de pié junto á la ventana (que así lo dejamos), se limitó á engullir su caramelo y á mirar la gente que pasaba por la calle? ¿Qué poco le conocen ustedes, lectoritos míos! Melito es un niño que con el tiempo ha de granjearse el cariño y la estimación de cuantos le traten, porque entre las muchas bellas cualidades que ahora muestra en germen, tiene la principal: quiere muchísimo á su papá, y ademas, es de suyo agradecido. ¡Figúrense ustedes si con esas prendas se cansarán Dios y los hombres de colmarle de bendicio-

nes y favores! Díjose, pues, Melito, mientras acababa de desleir en la boca su caramelo: «¡Qué bueno es mi papá! ¡cómo se ha afanado por consolarme del disgusto que me dió ese pícaro del Güero! Y ahora, ¿qué haré yo para pagarle su cariño? El pobrecito está muy apurado buscando eso que se le ha perdido.... voy á ayudarle; con eso entre los dos....» Y lo hizo como lo dijo. Ahora sí va á parecer el papel de mis pecados; porque cuando Melito pone mano en algo, todo sale á pedir de boca.



XIV

Ya está registrado hasta el último rincón del estante; ya se revisó uno por uno cada legajo, y el malhadado papel (porque creo que es un papel lo que hace falta), ¡ni su luz! El papá de Melito comienza ya á perder la paciencia, y tiene razon y media; esto de necesitar una cosa, y no dar con ella, ni el mismísimo Job lo hubiera soportado con cal-

ma.—«Pero, Señor, decía el papá, ese papel, ese maldecido papel, ¿dónde está?»—«¡Quién sabe, papacito!» contestó el niño, muy asombrado de que su ayuda no hubiese servido de nada. Y ahí tienen ustedes al pobre señor, muy desconsolado, y que poco le falta para enojarse.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO XII.

Reglas diversas.

I

Evitemos cuidadosamente que se nos oiga nunca levantar la voz en nuestra casa, á lo cual nos sentimos fácilmente arrastrados en las ligeras discusiones que se suscitan en la vida doméstica, y sobre todo cuando reprendemos á nuestros inferiores por faltas que han llegado á irritarnos.

II

La mujer se halla mas espuesta que el hombre á incurrir en la falta de levantar la voz, porque teniendo á su cargo el inmediato gobierno de la casa, sufre directamente el choque de las frecuentes faltas que en ella se cometen por niños y domésticos. Pero entienda la mujer, especialmente la mujer joven, que la dulzura de la voz es en ella un atractivo de mucha mas importancia que en el hombre; que el acto de gritar la desluce completamente; y que si es cierto que su condicion la somete bajo este respecto, así como bajo otros muchos, á duras pruebas, es porque en la vida no nos está nunca concedida la mayor ventaja sino á precio del mayor sacrificio.

III

La mujer debe educarse en los principios del gobierno doméstico, y ensayarse en sus prácticas desde la mas tierna edad. Así, luego que una señorita ha entrado en el uso de su razon, lejos de servir á su madre de embarazo en el arreglo de la casa y la direccion de la familia, la auxiliará eficazmente en el desempeño de tan importantes deberes.

IV

Tengamos como una regla general, el servirnos por nosotros mismos en todo aquello en que no necesitemos del auxilio de los criados ó de las demas personas con quienes vivimos; y no olvidemos que la delicadeza nos prohíbe especialmente ocurrir á manos ajenas, para practicar cualquiera de las operaciones necesarias al aseo de nuestra persona.

V

No aparezcamos habitualmente en las ventanas que dan á la calle, sino en las horas de la tarde ó de la noche, en que ya han terminado nuestros quehaceres del dia. Una persona en la ventana fuera de estas horas, se manifiesta entregada á la ociosidad y al vicio de una pueril ó dañada curiosidad, y autoriza á sus vecinos para creerse por ella fiscalizados.

VI

La ventana es uno de los lugares en que debemos manejarnos con mayor circunspeccion. En ella no podemos hablar sino en voz baja, ni reirnos sino con suma moderacion, ni llamar de ninguna manera la

atencion de los que pasan, ni aparecer, en fin, en ninguna situacion que bajo algun respecto pueda rebajar nuestra dignidad, y dar una idea desventajosa de nuestro carácter y nuestros principios.

VII

En ninguna hora es decente ni bien visto que una mujer aparezca habitualmente en la ventana á solas con un hombre, sobre todo si ambos son jóvenes, sean cuales fueren las relaciones que entre ellos median, á menos que sean las de padres ó hijos, hermanos ó esposos.

VIII

La prohibicion contenida en el párrafo anterior, con las escepciones en él indicadas, se estiende á la sala y á las demas piezas de recibo, donde tampoco es lícito á una mujer, en ninguna circunstancia, aparecer conversando á solas con un hombre, y menos aparecer habitualmente al lado de un sugeto determinado, cuando existen delante personas estrañas. Aun entre esposos, como en su lugar se verá, están prohibidos estos signos de preferencia á la vista de los estraños.

IX

Evitemos el leer en la ventana, para que los que pasan no crean que hacemos ostentacion de estudios ó aficionados á las letras.

X

Es altamente incivil el conversar en la ventana al acto de pasar una persona por la calle, de manera que pueda pensar que nos referimos á ella; y lo es todavía mucho mas el reirnos en este acto, aun cuando nuestra risa sea muy inocente, y no tenga ninguna relacion con la persona que pase.

XI

Tambien es incivil el fijar la vista en las personas estrañas que pasan por delante de nuestras ventanas; siendo necesario declarar, para que sirva de oportuno aviso á las jóvenes que se educan, que en las personas de su sexo es todavía mas reprobable esta costumbre.

(Continuará.)

VOLTAMAD Y SU CABALLO.

Durante un violento huracan en el cabo de Buena Esperanza, un buque rompió sus amarras, y fué á estrellarse furiosamente contra los arrecifes. La tripulacion saltó al mar, y trataron todos de salvar las vidas montados en las rotas berlingas y aparejos.

Azotaba el viento con tal furia, que ningun bote podia acercarse á recoger á los pobres marineros.

En este tiempo, un habitante de la colonia llamado Voltamad, hombre ya entrado en años, llegó en su caballo al lugar de la catástrofe. Lleno de compasion á la vista de aquellos infelices que luchaban con la muerte, y conociendo la intrepidez de su caballo y su habilidad en nadar, se propuso ir á socorrer á aquellos desgraciados.

Apeñose, hizo oler á su valiente corcel ciertas esencias, montóle de nuevo, y se lanzó con él á las olas.

Al principio se le vió desaparecer entre ellas; pero poco despues caballo y caballero estaban cerca del naufragado buque. Recogió dos hombres, y los trajo salvos á la costa.

Repitiendo la peligrosa expedicion varias veces, logró salvar la vida á catorce personas; pero ya el caballo no podia resistir mas, y una formidable ola, azotando á Voltamad, le hizo perder el equilibrio, haciéndole caer al agua para no volver á aparecer. El caballo, poco despues, ganó la costa.

Este acto de filantropía y valor heróico llenó de admiracion á los colonos: erigieron una estatua á Voltamad, y señalaron una magnífica pension á sus hijos.

Para aliviar tu tormento
Fija en Dios el pensamiento.

J. ROSAS.

El caracol, el toro y el ciervo.

(FABULA.)

A un ciervo y á un toro
En cierta ocasion,
De este modo dijo
Cierta caracol:

—«¿No es verdad, señores,
Que ustedes y yo
De igualdad recíproca
Gozamos el don?»

—«¿Por qué?» dijo el toro
Con hórrida voz
(Y al fiero mugido
Tembló el caracol):

—«¿Por qué?» dijo el ciervo
Con cierta espresion
Que al caracolillo
Aliento le dió.

—«Mire usted, responde,
Y usía, señor;
(Que al toro, de miedo,
Usía llamó):

¿No lleva usted cuernos,
Y con mucho honor?
¿No los lleva usía?
¿No los llevo yo?

Pues de eso deduzco
Que por precision
Igualitos somos,
Salvo algun error.»

—«Nó, replica el toro,
Cien mil veces nó!
Que yo soy cornudo
De casta mejor.

¿Quieres que te pruebe
Con mi cuerno atroz
Que no eres ni vales
Lo que valgo y soy?»

—«Yo creo en mi alma,
El ciervo exclamó,
Que esa, aunque toruna,
No es contestacion.

Uno y otro hablásteis,
Pero á cual peor,
Porque ni uno ni otro
Razonables sois.»

—«¿Por qué?» dicen ambos:
—«Porque el esterior
A ninguno iguala,
Si el mérito no;
Y el tener mas fuerza
Tampoco es razon
Para que el forzado
Se crea mejor.»—

*Convencióse el toro,
Y aun el caracol,
Que los animales
No siempre lo son:
¿Pero dónde diablós
El ciervo aprendió
Esta, que aun al hombre
Puede ser leccion?*

El hijo obediente y bueno
Se verá de bienes lleno.

J. ROSAS.

EL ANGEL DE LA GUARDA.

¡Cuán bello debe ser para un niño el pensar que hay un ángel consagrado nada mas que á guardarle y hacerle compañía! Sí, amiguitos míos; ya sabreis probablemente que todos vosotros teneis un ángel que os cuida, que vela con amor junto á vuestro lecho, alejando de él los malos sueños; que os inspira buenos pensamientos, os recompensa si obráis bien y recoge vuestro llanto si llorais. ¿Sabeis por qué os hablo ahora de él? Porque recuerdo cierto diálogo que nuestra comun conocida *María* sostuvo no ha mucho con su madre. Quiero dároslo á conocer íntegro, por creer que pueda prestaros algun interes.

MARIA.—¿Quién es ese *ángel de guarda* al cual por mañana y tarde dirijo la plegaria que tú me has enseñado, mamá?

LA MADRE.—Hija mia, ese es un sér que el bondadoso Dios puso á tu lado en el momento en que naciste, y desde entonces es tu constante compañero que no te abandonará en tanto que seas buena, porque eso sí, los ángeles no pueden tolerar la mala compañía, y cuando su protegido es un niño que miente, que tiene envidia, que no estudia, etc., etc..... ¡oh! entonces cierra sus alas, le mira tristemente y sube al cielo.

MARIA.—Y si es uno bueno, ¿qué sucede?

LA MADRE.—Entonces él tiene gusto en acompañarle y no se aparta nunca de su lado, pudiendo así protegerle en los peligros y recompensarle si obra bien.

MARIA.—¡Es muy bueno ese ángel, pero yo nunca le he visto!

LA MADRE.—¡Nunca! pero..... ¿no has sentido jamas su presencia? ¿Crees que cuando se presenta á tu vista un anciano que tiene hambre ó un niño que tiene frio y te piden limosna, no es *él* quien te aconseja que compartas con ellos lo que tienes? Cuando estudias afanosa las lecciones que se te señalan, ¿no será *tu ángel* quien te ayuda á aprenderlas? Cuando miro la serena alegría que brilla en tu semblante despues que has hecho algo bueno, creo que tu felicidad proviene de que *él* te ha dado alguna recompensa. Tal vez la felicidad que sientes reinar en tu corazón proviene de un dulce beso que ha impreso sobre tu frente. Mientras duermes, es *él* quien vela junto á tu lecho cuidando de que nada perturbe tu reposo, y si lloras, *el ángel*, que solo vive para tí, enjuga y guarda tus lágrimas en su amante pecho, con mas ternura que la rosa guarda en su corola las perlas de la mañana.

MARIA.—¡Oh! però tú haces todo eso conmigo..... entonces..... ¡sí! tú eres mi ángel de la guarda, yo seré buena y no me dejarás para subir al cielo!

ANGELA LOZANO.

Setiembre 2 de 1873.

EL PAPEL Y EL TRAPO.

(FABULA.)

A un pobre trapo que en el suelo estaba
El papel desdeñaba,
Diciéndole: «¡anda, sucio! no te acerques,
Que yo estoy limpio, rozagante y terso,
Y no quiero, por todo el universo,
Tu contacto sufrir, ni que me empuerques.»

—«¡Miren el necio, contestó el guiñapo,
Y cuál mi acceso en evitar se empeña!
Mas ya que así me ultraja y me desdeña,
Dígame usted, seo guapo:
¿Cómo tan pronto en su altivez olvida
Que fué un harapo quien le dió la vida,
Y que antes que papel, ha sido trapo?»—

*Quien de la plebe descender entienda,
No la desdeñe, aunque sobre ella ascienda,
No sea que por mucho que se eleve,
Pueda alguno decir: «¿veis el desprecio
Con que nos mira el tal? Pues ese necio,
Antes de ser lo que es, ha sido plebe.»*

La virtud las penas calma;
El vicio es muerte del alma.

J. ROSAS.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION

Uno de los errores mas deplorables en la educacion, es la necia vanidad que busca ó solicita todas las cosas antes de su tiempo, queriendo recoger frutos antes que flores, á fin de deslumbrar á los huéspedes haciéndoles mirar la mesa adornada con los frutos del verano, cuando aun está cubierta la tierra con una capa de nieves y de hielos.

Eso es agradable á la vista, aunque su desarrollo no sea natural. Sin embargo, un niño precoz raras veces llega á ser hombre de provecho.

Es verdad que la naturaleza, que nada deja sin intentar, cria á veces hombres en quienes, como en el jardin de Alcino, frutos, flores y hojas crecen á un tiempo en las mismas ramas, á pesar del año y las estaciones; pero querer imitar por arte lo que acontece como por milagro algunas, muy raras veces, es no solo una locura, sino un pecado contra las leyes de la naturaleza.

La apariencia de conocimientos universales puede alcanzarse muy barata en nuestros dias.

La sabiduría permanece en el mercado público, con todas sus mercancías; y aun con lo que ella destila de su regazo, puede adunarse un hermoso jardin infantil.

Esto es tan agradable como fácil y aun puede perdonarse á la vanidad maternal que se enorgullezca tanto por su pequeño ángel adornado con sábias lentejuelas, sin reflexionar que las ricas joyas con que la mañana riega la yerba de las praderas, brillan aún con mas esplendor, y sin embargo, desaparecen tan pronto.

No tan fácilmente puede perdonarse al padre, quien debe conocer mejor esto.

A cada vuelta de esquina, se encontrarán padres que porque no caen temprano coronas de laurel sobre las sienas de sus hijos, los torturan con una espinosa corona de amargos reproches.

Eso no es amor; es la vanidad del escultor que dobla la rodilla ante la imágen que él esculpió y pintó, mal ó bien, á sí mismo y á su arte.

Pero esta es una materia muy seria; el saber es, sin duda, bueno, siempre útil, y en mil ocasiones necesario. No es, sin embargo, lo primero en educacion; es lo segundo y tercero.

Lo primero es la capacidad del discípulo en todas sus relaciones; y toda ciencia y aprendizaje, cualquiera que sea su objeto, debe referirse á esta capacidad.

Cualquiera que sea educado bien en apariencia, y á quien falte capacidad, aunque sean muy buenas sus otras cualidades, no estará bien consigo mismo.

Las gentes mas modestas se encuentran entre las que poseen mas ciencia; la vanidad entre aquellas que estando en desacuerdo con su saber, se creen soberanas de todo, porque como los antiguos navegantes, han tocado la costa con sus brazos.—FR. JACOBS.

El corazón del impío
Siempre está triste y sombrío.

J. ROSAS.